

tar con los pecadores penitentes, para que no nos confunda Dios con los impios quando nos acerquemos á este lugar santo. A estas disposiciones se reduce la Instruccion que nos ofrece la Iglesia, quando se lava el Sacerdote; pero no esperemos este tiempo para meditar las verdades que nos enseña esta tierna madre, y para excitar en nosotros los sentimientos que nos inspira.

Haced, Dios mio, que nuestros homenajes sean dignos de vos, es decir, que se ofrezcan por un corazon puro y sincero; que se apoyen sobre una humildad y una piedad sólida; que se sostengan por el fervor, y que se animen por la caridad. Haced que siempre que nos acerquemos á vuestro Altar, un temor santo nos detenga, mientras que por otra parte nos conduzca á él una justa confianza. Haced sobre todo que lleguemos á conocer que sois grande, y nosotros miserables: que sois poderoso, y nosotros débiles: que sois justo, y nosotros pecadores. Este conocimiento despertará en nuestro corazon la vigilancia y el temor; pero tambien el reconocimiento, la confianza y el amor reanimarán la idea de vuestra misericordia. Así sea.

SEGUNDA INSTRUCCION

SOBRE

LA MISMA MATERIA.

Voy, hermanos míos, á explicaros el versículo del Salmo que va por cabeza de la instruccion antecedente. No basta que estudiemos el fin y el espíritu de la ceremonia que acabamos de explicar, si no meditamos las palabras que ha escogido la Iglesia para ella; y así sin detenerme en el sentido literal, y pasando al figurado y al espiritual, voy á presentaros algunas reflexiones, las cuales sin duda podrán contribuir á que saqueis algun fruto de esta ceremonia; pero acostumbraos á repetir las demás oraciones con tanta indeferencia; podré prometerme que digais ésta con mayor fervor? A este fin se dirige el presente discurso, y pido vuestra atencion.

El Salmo que voy á explicar la can-

taba David quando se le rebeló su hijo Absalon: esta era la circunstancias crítica en que pedia que Dios le separase de los malos; pero veamos como segun la letra se halla cumplido todo en Jesu Cristo. Este Divino Salvador debe lavar en el agua purificante de su sangre, no solo las manos, sino todo el cuerpo: es decir, todo el género humano. Un bautismo de esta naturaleza, tras el qual suspira con tanto ardor, le asocia á los Santos de todas las edades, porque ellos son santificados por la virtud de esta sangre. Unas manos tan puras serán las únicas que puedan tratar los misterios de Dios, comunicar, á los Sacerdotes mortales el derecho de tratarlos en su nombre; y así despues de haber extendido sus brazos sobre el Altar misterioso de la cruz, podrá siempre decir que ocupa realmente no solo el Altar de la tierra, sino tambien el del cielo. Qualquiera que sea la santidad del Ministro que entra en el Santuario, qualquiera que sea su recogimiento ó su disipacion, siempre Jesu-Cristo realmente presente es el que ocupa este Altar. Este Señor le ocupa como un mediador entre Dios

y los hombres: es decir, desciende para continuar este Sacrificio de obediencia que le puso en la cruz, y viene para recibir los homenages, para oír las alabanzas que se dan á la Magestad suprema, para transmitir las hasta su trono, dándolas el mérito y el valor que merecen; y para formar en nosotros el espíritu de oracion y el sentimiento de accion de gracias, dándonos una idea en su persona de las grandezas, las maravillas y las misericordias de nuestro Dios.

Asimismo ocupa este Altar como adorador sincero y verdadero, que prefiere la hermosura de la casa de Dios á los palacios de los pecadores; y el lugar en que reside su gloria á los festines mas brillantes de los malos. El es el principal ornamento de esta casa, y á fin de que ella no pierda nada de su decoro y magnificencia, quiere ocupar este Altar para enseñarnos que ama la decencia de la casa de su Dios. Tambien ocupa este Altar como víctima en lugar del hombre pecador contrito de su pecado, y resuelto á expiarlo y satisfacerlo con penitencias saludables: porque sabe que aunque la iniquidad

sea siempre abominable á los ojos de un Dios Santo, siendo por otra parte tan misericordioso como justo, hace una distincion en sus juicios del pecador que se convierte de corazon, y del impío que le ultraja, y conserva un espíritu indocil y rebelde. El hombre pecador, pero que reconoce sus desórdenes y los llora, y se humilla, merece que le separe de aquel cuyas manos estan todavía teñidas con la sangre de sus iniquidades; y por esto pide Jesu-Cristo en nombre de los primeros una misericordia de que se hacen indignos los últimos por su impenitencia.

Asimismo ocupa este Altar, como Pontífice Santo, excelente, puro y sin mancha, que no tiene necesidad segun dice el Apóstol, de ofrecer por sus propios pecados, ántes de satisfacer por los del pueblo, porque entra en el Santuario con la pureza y la inocencia, que le son esenciales. Sin embargo pide misericordia por sí mismo; porque se hace uno con los pecadores, toma su lugar, y se carga con todas las deudas para pagarlas con la efusion de su sangre: esta es la sangre que clamará en nues-

tro nombre con una voz fuerte y eficaz, diciendo: rescátame, Señor, y ten piedad de mí.

En fin ocupa el Altar como nuestro hermano; y para desempeñar con nosotros esta amable qualidad, ha entrado en los senderos de la justicia á fin de examinar con seguridad, dándonos el exemplo de la obediencia mas pronta y de la fidelidad mas inviolable. Antes de obrar los misterios de su Encarnacion y de su Redencion amaba á su Padre, y era amado de él desde la eternidad; pero ahora para que le amemos, y para que seamos amados, quiere hablar entre nosotros hasta la consumacion de los siglos el language del amor y del reconocimiento.

Ya hemos visto cumplidas claramente en este Psalmo las funciones que va Jesu-Cristo á desempeñar en el Altar; ¿pero veremos así las disposiciones que deben llevar el Sacerdote y los asistentes? ¿Será posible que el primero haga con frialdad la representacion de este divino personage, y los últimos espectadores ociosos de tan gran misterio dexarán hablar á Jesu-Cristo en su nombre, sin unir

la voluntad á la suya, sus votos á sus oraciones, y sus sacrificios particulares á la oblacion que va á hacer de sí mismo? Por tanto digamos unos y otros, ya seamos Sacerdotes ó legos, justo ó pecadores, ricos ó pobres, grandes ó pequeños: *lavaré mis manos entre los inocentes*, y como Jesu-Cristo es el principio de toda justicia, iré á beber en su fuente el agua pura de que necesito para limpiarme de las manchas que he contraido en el comercio inevitable de los malos. Yo estaré, Señor, al rededor de tu Altar, y vendré á buscar en él un asilo contra los ataques de los pecadores; vendré á respirar un olor de vida para disipar el hedor de muerte que exhala la corrupcion del siglo: yo me mantendré unido á este Altar de donde me viene toda mi fuerza en las tentaciones, toda mi paz en las agitaciones del espíritu, toda mi seguridad en las inquietudes, y todo mi consuelo en los trabajos. Las palabras que oíré en este lugar no serán como las que oigo continuamente en el mundo: aquí se blasfema de los misterios que no se conocen; y se murmura contra una provi-

dencia sabia: allí no oíré sino la voz de las bendiciones y de las alabanzas: aquí seducido algunas veces por una delinqüente complacencia, hablaré el lenguaje de los malos, obraré segun su espíritu, ultrajaré al Señor, despreciaré su virtud, y calumniaré al justo; pero aquí aprenderé á honrar á Dios, bendeciré la sabiduría de sus obras con mi sumision, glorificaré sus misericordias con mi reconocimiento, aprenderé á gustar de la bondad y hermosura de la casa de mi Dios, y aunque no me ofrezca esos adornos brillantes, ni esa agradable variedad que deslumbra en las casas de los pecadores, me verá sorprendido de un espectáculo mucho mas sensible y magnífico que de ningún modo encontraré en el siglo. En efecto lo que hermosea á mis ojos este lugar santo, y me hace amar la hermosura de la casa en que Dios me comunica algunos rayos de su gloria, son esas almas puras que vienen á solicitar aumentos de gracia, y esos corazones verdaderamente humildes que vienen á confundirse en presencia de la Magestad suprema. ¡Qué seguro estoy, Dios mio, á los pies de vuestros

tabernáculos! Por todas partes me veo confundido con los que os ofenden, y estando lleno de tantos pecados ¿quién sería capaz de defenderme contra los golpes de vuestra ira? Pero aquí mi causa está, Señor, unida con la de vuestro Hijo: yo estoy unido con él por la caridad, y así no me desconoceréis, porque no podreis desconocer esta virtud: Vos no me perderéis, porque él es autor de mi salud y de mi vida: en fin no me confundireis con los hombres carnales, porque me anima vuestro espíritu.

Los pecadores tienen entre sus manos los testimonios de sus pecados, y todas sus obras llevan el carácter de las pasiones de donde nacen: su derecha acostumbrada á oprimir al justo, á sacrificar los intereses de la viuda, está llena del fruto de sus injusticias; pero otro interés me conduce, Señor, á los pies de vuestros Altares: yo vengo á llenar mis manos de los dones preciosos que os serán ofrecidos: la sangre del Cordero no gritará ya por la venganza: todos los que movidos por Vos concurren á vuestro Santuario, serán enriquecidos con gracias abundantes,

y así me atreveré á deciros, aunque pecador, que hay aquí una santidad y una inocencia propia para mí. El abismo de vuestra misericordia y de los méritos de vuestro hijo ha ocultado mis iniquidades á vuestros ojos: yo soy santo por su santidad, puro por su justicia, y tengo un derecho á solicitar por él la recompensa; pero á proporcion que vuestro sacrificio mismo os impele á disimular mis faltas, no debo yo desconocerlas, sino que clamaré con dolor y con fuerza diciendo: redimidme, Señor, y tened piedad de mí.

Vuestro Santuario es la puerta que me conduce al sendero de la justicia: de vuestro Altar corre, Señor, para mí esa agua santificante que me ha purificado todas mis manchas, y por vuestro Sacrificio ha sido rota la cédula de muerte que me condenaba: mis pies que hasta aquí se han dexado ir por los caminos de la iniquidad quieren correr en adelante por los de vuestros preceptos; y así dirigid siempre mis pasos, y fixad la inconstancia, y la ligereza natural de mi corazón. Que mis obras, Señor, publiquen vuestros beneficios, que

mi vida sea un testimonio continuo de vuestra misericordia, que en qualquiera parte que se reunan los Cristianos para adoraros, mi alma esté pronta para bendeciros; y que este lenguaje de alabanza y de bendicion se haga oír por todo lugar á donde me conduzcan vuestros altos designios. Que en el interior de mi casa enseñe á toda mi familia que sios el Dios de todo el mundo, y que debe adoraros en qualquier parte; que las sociedades que yo freqüente hallen en mí una expresion fiel de esa dulzura, de esa humildad y de esa caridad, que prescribis á los que os temen; que un profundo reconocimiento, una religiosa atencion y una asistencia freqüente, inspiren á los fieles que se reunen en vuestros templos el espíritu que debe penetrarlos al acercarse á vuestro Santuario.

Estas son las bendiciones que os daré, Señor, en las asambleas de los fieles; pero hay otra asamblea mucho mas digna de mis deseos y mucho mas propia para colmarlos, que es la de los escogidos y de los Santos. Fixad, Dios mio, mi corazon pa-

ra que yo ame la virtud con una perseverancia constante, á fin de pasar desde las bendiciones temporales á ese cántico eterno que jamas podrá interrumpirse, y de los consuelos momentaneos á esa alegría pura é inevitable de que se goza en la asamblea de vuestros amigos. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

EL ORATE FRATRES.

EPISTOLA DE SANTIAGO, cap. 5. v. 16.

*Orad los unos por los otros, para que
seais salvos.*

LA oracion, hermanos míos es una de las primeras obligaciones del hombre, y el alimento de la vida espiritual. Si la gracia de Dios le conserva y le mantiene, es en fuerza de la oracion, segun el orden que sigue comunmente su providencia y su misericordia; pero un Cristiano no debe limitar sus oraciones á sus necesidades personales; y así la Iglesia que ruega

sobre el Orate Fratres. 415

por todos, quiere tambien que todos oren por las necesidades comunes. El Apóstol Santiago nos dice: *orad los unos por los otros*, y despues para convencernos de que no solo la salvacion de la persona, por quien se ora, sino tambien la del que ora dependen de esa caridad ardiente que nos interesa en las miserias de nuestros hermanos, como en las nuestras propias, prosigue diciendo: *para que seais salvos.*

Dos son por tanto las obligaciones que se contienen en la oracion que hace la materia de este discurso: á saber, orar, y orar los unos por los otros. Vamos á estudiar estas obligaciones por los grandes bienes que nos producen. El motivo que tiene el Sacerdote para exhortarnos á la oracion no solo es el de la necesidad general que tenemos de orar; ya hemos visto explicando las oraciones anteriores la parte que debe tomar en ellas el pueblo. El Sacerdote hace por él, y en su nombre la confesion de los pecados, la profesion de la fe, y las otras ceremonias que han atraido su atencion. ¿Pues por qué causa ahora le recomienda que ore quando le ve ocupado en las di-

ferentes oraciones que acaba de repetir con él? Los Autores Eclesiásticos nos dicen hablando de esta materia, que al empezar la accion del Sacrificio, deben los Cristianos recogerse á meditarle. Ya dentro de poco no se tratará de preliminares, ni de preparaciones, porque el Sacrificio va á consumarse; y aunque el Sacerdote confundido hasta este momento con el pueblo, ha conversado en alguna manera con él, uniformando sus deseos, instruyéndole y orando en su nombre, ahora por la última vez, despues de haber besado el Altar se vuelve hácia el pueblo. En este momento le dexa para entrarse en el secreto del Santuario, y subir al monte como Moyses para conversar á solas con su Dios; pero ántes de dar este paso, trae á su memoria las flaquezas inseparables de la humanidad, y considera la grave necesidad que tiene en esta ocasion crítica de que los fieles le ayuden con el socorro de sus oraciones: *orad*, hermanos, *orad* por mí, como decian los Sacerdotes hace mas de ochocientos años en esta circunstancia de la Misa; *orad* por mí, pobre pecador, como dicen toda-

via los Cartujos conservando este uso antiguo. Despues de esta oracion se vuelve el Sacerdote al Altar, y en adelante no tiene casi comunicacion con los asistentes hasta la consumacion del Sacrificio. Si levanta la voz de quando en quando para hacerse oír, es sin convertirse á ellos y sin saludarlos, como ántes lo hacia; porque su ministerio le eleva en alguna manera sobre la humanidad misma, y le separa enteramente de todo lo que pudiera inelinarle á la tierra. Pluguiese á Dios que se separase verdaderamente por las disposiciones del corazon, por el recogimiento del espíritu, y que estuviese libre enteramente de las distracciones que tal vez le asaltan en el momento mas interesante y temible.

Para conocer el interes que debe tomar el pueblo en esta ceremonia meditemos las palabras de la exhortacion que nos hace el Sacerdote, y la respuesta que le dan los asistentes. *Orad, hermanos, para que este Sacrificio mio y vuestro sea agradable á Dios Padre Todo-poderoso.* Y el pueblo responde: *Reciba el Señor de tus manos este Sacrificio, para alabanza y gloria de su nom-*

bre, y tambien para nuestra propia utilidad, y la de toda su Iglesia santa. Orad, es decir: no nos separemos en el momento que se trata nuestra causa comun, en el seguro de que el intervalo que pone entre el Sacerdote y los fieles el Santo de los Santos, no será motivo para que pierda de vista vuestros intereses; y así os ruego que no olvidéis los derechos que tengo á vuestra caridad: considerad que sois mis hermanos en Jesu-Cristo, y aunque el alto ministerio que estoy exerciendo me ha elevado sobre vosotros, nada, se disminuye esa perfecta conformidad que nos hace á todos hijos de un mismo Padre: todos vamos á sentarnos en la misma mesa; todos vamos á partir y á comer el mismo pan, el qual mantendrá en nosotros una misma vida, y la misma sangre correrá por nuestras venas, y será para nosotros el gérmen de la misma heredad. Así el Sacrificio de Jesu-Cristo, que es el Primogénito de esta familia, y que yo voy á ofrecer, es mi Sacrificio y el vuestro. Lo es mio, porque me ha nombrado por Ministro suyo, aunque indigno de serlo, y lo es tambien vuestro, en un senti-

do ménos extenso, pero realmente efectivo, y así le voy á ofrecer por Jesu-Cristo, y vosotros le ofrecereis con él, y por mis manos. Nos importa mucho que este Sacrificio sea recibido favorablemente. ¿Pero por ventura puede ser desechada la oblacion de la sangre de un Dios, del Hijo único de Dios? ¿Tendrá la víctima alguna mancha por la qual sea indigna de la Magestad á quien se ofrece? No, pero este Dios tan grande, tan poderoso, y tan justo como sabio, no puede ver injusticias en nuestras manos, deseos criminales en nuestros corazones, y en nuestras conciencias manchadas que nos hagan indignos de participar de los frutos del Sacrificio; y por esta causa, y para empeñaros á que forméis verdaderos y nuevos sentimientos de dolor y de llanto sobre nuestros pecados comunes, os renuevo la advertencia de *orar*.

Peró ¿cómo responderá el Pueblo á una Instruccion tan justa y tan útil? Sí dirá, nosotros rogaremos y pediremos de todo corazon que tu Dios y el nuestro reciba este Sacrificio de tus manos, y que acabe de santificarlas ya que estan consagradas por la un-

cion del Sacerdocio. Nosotros pediremos á Dios, que estas manos que tantas veces nos han dado la bendicion, y que tantas otras han llevado el arca de la alianza, pueden elevarse para pedir con eficacia por ti y por nosotros, y que ellas á la semejanza del Legislador de Israel tengan la virtud de apaciguar la cólera del Señor, de asegurar á su Pueblo la victoria, y ayuntar los enemigos de su nombre. Nosotros no olvidaremos que el primer objeto del Sacrificio es tributar á Dios la gloria que le rehusamos por nuestros pecados, y unidos á la víctima que vas á ofrecer, haremos con ella un homenaje al Señor de nuestra obediencia á sus órdenes, de nuestra confianza en su bondad infinita, de nuestro temor de sus justicias, de nuestra separacion de todos los objetos que nos inducen á desagradarle, y de nuestro reconocimiento á sus misericordias. Uniendo pues tus intereses y los nuestros á estos homenajes, le suplicaremos que nos sea provechoso este Sacrificio, es decir que su fruto se extienda á todas nuestras necesidades: que purifique nuestras almas: que esparza su luz en

nuestros espíritus: que abrase nuestros corazones: que enderece nuestros caminos: que anime nuestras esperanzas; y que proteja tambien nuestra vida, nuestras familias y nuestros bienes; pero no por intereses tan legítimos perderemos de vista el interes general de toda la Iglesia. Conocemos que este Sacrificio se va á presentar á un Dios, que es nuestro Padre comun: que en él se ofrece á Jesu-Cristo nuestro hermano por las manos de un Ministro escogido entre nosotros; y que el gran misterio que se va á renovar á nuestra vista, se ha consumado para la santificacion de todos; y por tanto seria injusta qualquiera restriccion y reserva, porque entónces seguramente seria desechado.

De todas estas reflexiones podemos deducir, hermanos míos, que la exhortacion del Sacerdote, y la respuesta de los fieles contienen un cúmulo inagotable de instrucciones, y que ellas condenan la frialdad de tantos Cristianos que asisten al Sacrificio de la Misa con un corazon lánguido, y un espíritu distraido, y que léjos de ayudarse á lo ménos para despertar su fer-

vor con las oraciones que la Iglesia ha consagrado, esparcen sus ojos por todas partes, y viven en la indiferencia mas criminal. ¿Podrán decir semejantes Cristianos que es suyo este Sacrificio? ¿Por ventura toman en él alguna parte? ¿Tributan algun honor al Dios á quien se ofrece? ¿Sacan algun provecho para ellos mismos? Los que desconocen las necesidades de su alma ¿podrán pedir por la de sus hermanos? Qué importa que les exhorte á orar el Ministro, si ellos poco acostumbrados á este santo ejercicio en el interior de sus casas, se presentan en nuestros templos con un espíritu de ligereza y de disipacion, extraordinario y escandaloso. Temamos pues que acaso nos veamos confundidos con estos Cristianos quando asistimos al santo Sacrificio de la Misa. Correspondamos con toda fidelidad á la exhortacion del Sacerdote, y consideremos en ella tres disposiciones que nos han de ser de gran provecho para las demas oraciones que componen la Liturgia.

En primer lugar nos acuerda esta advertencia el recogimiento. El Sacerdote en el instante que se va á reco-

ger separándose del Pueblo, y encerrándose en el Santuario, del qual no descenderá ya hasta que se haya concluido el Sacrificio, en este instante, digo, nos convida para orar, y nosotros debemos tambien entrar mas particularmente en el Santuario de nuestro corazon: debemos reflexionar sobre nuestras necesidades: debemos meditar con mas seriedad sobre los designios de Jesu-Cristo; y en fin, examinar con todo escrúpulo las faltas que pueden influir, para que sea infructuoso el Sacrificio, apartando de nosotros con todo cuidado las distracciones que suelen muchas veces quitar por nuestro descuido á la oracion toda su eficacia, y su valor.

En segundo lugar nos acuerda esta advertencia la caridad mutua: el nombre solo de hermanos nos impone la estrecha obligacion de alejar de nuestros corazones toda prevencion, toda parcialidad, toda enemistad, todo resentimiento, y en fin esas palabras ásperas é insultantes con que hablamos muchas veces á nuestros hermanos. Todos los trabajos y necesidades del proximo, luego que se conozcan deben ex-

citar nuestra atencion, nuestra conmi-
seracion y nuestras oraciones. Debe-
mos tener muy presente, que no solo
somos hermanos de nuestros amigos, y
de nuestros parientes, sino de los ha-
bitantes de todo el mundo, de nues-
tros mayores enemigos, de aquellos
que nos han despreciado, y que han
procurado por todos medios ofender
nuestra reputacion, y destruir nuestra
fortuna. Ya que todos estos se hallan
presentes al tiempo que Jesu-Cristo
ofrece su Sacrificio, deben tambien es-
tarlo en nuestro corazon quando pro-
metemos á su Ministro ocuparnos en
sus necesidades personales.

En tercer lugar esté consejo nos
trae á la memoria el amor que la Igle-
sia nos profesa como que somos sus
hijos, y hermanos unos de otros. El Sa-
cerdote como Ministro de esta Iglesia,
y en nombre suyo, es el que obra y ha-
bla, y el Sacrificio que va á ofrecer es
interesante á todos los miembros que
la componen. Esta Iglesia es la de Jesu-
Cristo, porque la tomó por esposa
sobre la cruz, constituyéndonos á no-
sotros por hijos adoptivos de Dios;
pero tambien es nuestra Iglesia, por-

que nos une enlaza por medio de la
profesion de una misma fé, por la co-
munion de unas mismas oraciones, por
la participacion de los mismos Sacramen-
tos, y por la sumision á una cabeza
visible, y á sus cooperadores en el mi-
nisterio. Por conseqüencia sus aumen-
tos deben interesarnos como los pro-
pios nuestros, y debemos affigirnos en
sus necesidades como si tambien fuesen
propias. El mismo ardor que nos ins-
pira la fé en nuestros deseos, debe ani-
marnos quando pensamos en los cismas
que la despedazan, en las novedades
que la afligen, en las heregías que la
obscurecen, en los combates que sos-
tiene, y en los desórdenes de los malos
Cristianos que la deshonoran.

Hermanos míos, oxalá que todos
estos motivos hagan en adelante mas
viva nuestra fé, y mas fervorosas nues-
tras oraciones, á fin de que unidos
nuestros votos con los de Jesu-Cristo
en su Sacrificio, el Padre de las luces
nos mire con ojos de misericordia en
el tiempo, y que esto sea un presaja
de la bienaventuranza eterna. Así
sea.